**Lunes XVII del TO
Ciclo A**

27 de julio de 2020

Jr 13, 1-11

Sal 32
Mt 13, 31-35

*P. Eduardo Suanzes, msps*

La predicación del profeta Jeremías en la Primera Lectura, no se limita a los oráculos, sino, como otros profetas, utiliza las acciones simbólicas, como hemos escuchado. Si se fijan, la estructura del texto de hoy de Jeremías es muy sencilla: 1) mandato del Señor (comprar el cinturón); 2) ejecución de Jeremías; 3) mandato del Señor (esconder el cinturón); 4) ejecución de Jeremías; 5) mandato del Señor (recoger el cinturón); 6) ejecución de Jeremía; y 7) discurso de Dios que explica el significado.

En ninguna otra parte del libro del profeta Jeremías se habla como aquí de que Dios quiso ***adherirse*** a su pueblo como ese cinturón de la acción simbólica[[1]](#footnote-1). Un cinturón es una prenda de vestir personal, que se pega al cuerpo y a la vez puede ser gala y distintivo. La palabra ***adherirse*** es la clásica que se utiliza en el libro del Deuteronomio para indicar la fidelidad del pueblo con Dios. El cinturón es Israel y Dios quiso adherírselo a sí mismo, fuertemente apretado a él. Pero Israel lo dejó. Y como ese cinturón podrido y gastado así quedó el pueblo sin estar adherido al Señor. Porque Israel, en lugar de difundir la fe del Señor y tenerlo a gala con una conducta que acreditase su fe y manifestar así el honor de Dios, se alzó orgullosamente con la elección, como si no fuera una exigencia.

Y aquí creo yo que está la clave de interpretación para nosotros en el día de hoy, lo que Dios nos pide hoy con esta Lectura. La elección que hemos tenido por parte de Dios es, a la vez, una predilección, pero al mismo tiempo una exigencia, una responsabilidad, que nos ha de mover a tener una conducta intachable, porque somos como el cinturón en la cintura de nuestro Dios. Es como si Dios, permítanme la comparación, quisiese presumir de nosotros. ¿Puede Dios presumir de mí? ¿Mi comportamiento, mi estilo de vida es tal que soy para él un orgullo? Esta es la cuestión.

En el Evangelio vemos a Jesús ante la muchedumbre a la que le descubre, contrariamente a lo que esta esperaba del mesías davídico, que el Reino de Dios, no será un gran cedro, como los del Líbano, que domina a todos los árboles del bosque, sino que será un modesto arbolito que sube por encima de las legumbres de un huerto. Este Reino de Dios no procederá de lo ya existente, sino que será un árbol nuevo. En la cultura de Jesús, para ponderar la pequeñez de algo se comparaba siempre con un grano de mostaza. Jesús hace el contraste entre la pequeñez de la semilla y el árbol que resulta. Para más escándalo de la mentalidad judía exclusivista de los oyentes, a este modesto árbol confluirán los pueblos paganos (que son los pájaros en el cuento).

Una vez más se opone Jesús a la esperanza de grandeza que tenía la gente judía de dominio exclusivista universal, unida esta esperanza al tipo de mesías que esperaban. Israel no dominará a las demás naciones, ni el Reino de Dios tendrá en la historia la figura de un gran imperio. Esa es la razón de que hable en parábolas: era la única forma de que la gente comprendiera el mensaje, porque eran incapaces de aceptar la realidad pura y dura en una exposición abierta.

En la siguiente parábola Jesús utiliza el contraste de la enormidad para dar la idea de cómo es su Reinado. Tres medidas de harina son 42 kilos de harina, cantidad enorme para un pellizco de levadura. Jesús está queriendo subrayar la eficacia de la levadura en la totalidad de la masa. Todo acabará por realizarse. La levadura no se confunde con la masa, pero actúa sobre ella.

Esta segunda parábola completa la primera, pues no solo habrá personas que acudirán al reino, sino que la presencia de este influirá en toda la humanidad, hasta llevarla a la madurez. Como la levadura, el reinado de Dios actúa desde dentro de la humanidad misma, desde lo más profundo de ella. Así como la parábola de la mostaza se fijaba en el aspecto exterior, en esta de la levadura, se fija Jesús es la acción invisible de la gracia, a la que no se puede poner límite y que no puede constatarse sino hasta el final.

Pero la levadura tiene que actuar desde lo profundo, desde el interior, desde lo invisible. Y aquí está la clave de interpretación. Y es que o actúa desde el interior, desde lo profundo o no habrá nada que hacer. La levadura no se pone por fuera no es un añadido que da color a la harina, sino que la transforma, la hace fermentar. A veces nos preguntamos por qué nuestras obras apostólicas no trasforman la realidad en la que vivimos; nos quejamos de cómo es que las vocaciones parecen que se han ido de vacaciones. ¿No será porque acogemos a Jesús no desde lo profundo del corazón, sino desde el exterior? ¿No será que la harina que ha de fermentarse no está preñada de levadura, aunque sea un poquito, si solo basta un poquito, pero que esté en los profundo del corazón para que transforme nuestra vida y todo lo que tocamos.

Estas dos parábolas revelan un concepto de Dios muy diferente del que aparece en el Antiguo Testamento. No es el Dios triunfador, sino el Dios humilde, dentro de la historia su obra no es esplendorosa ni espectacular, sino modesta, como la mostaza; su obra no se hará sin obstáculos, sino entre ellos (cizaña). El amor es al mismo tiempo fuerte y débil[[2]](#footnote-2).

1. Cfr. Luis Alonso Schökel y José Luís Sicre. *Profetas. Vol. I. Isaías y Jeremías*. Ed. Cristiandad. Madrid, 1980 [↑](#footnote-ref-1)
2. Cfr. Juan Mateo y Fernando Camacho. *El Evangelio de Mateo. Lectura comentada*. Ed. Cristiandad. Madrid, 1981 [↑](#footnote-ref-2)